

Mar
23
Jul
2019

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santa Brígida (23 de Julio)

“Así seréis discípulos míos”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 2, 19-20:

Hermanos:

Yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios.

Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.

Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

Salmo de hoy

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-11 R/. Bendigo al Señor en todo momento

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulte al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligid invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R.

El ángel del Señor acampa en torno quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Reflexión del Evangelio de hoy

El salto mortal

Cualquiera que en algún momento de su infancia haya asistido a alguna atracción circense, posiblemente vivió momentos de verdadero suspense cuando los trapecistas originaban unas increíbles volteretas en el aire, los espectadores sentíamos el vértigo de un verdadero "salto mortal": o no fallaban en el salto o se precipitaban al vacío. El suspense y el vértigo del salto provocan un sentido profundo de libertad, como el que ha sido capaz de desafiar la línea del espacio. La libertad es la raíz de la dignidad y solo es libre quien ha descubierto que en el salto mortal de la vida, el "amor", se escribe con mayúsculas. O amas o se te arruga el alma, que es el vacío existencial de quien no lo ha logrado.

A Pablo no le fue fácil ser libre. El suyo fue un salto mortal vertiginoso. Cuando la ley es la única ley, la muerte puede considerarse una inseparable compañera de camino; sobre su espaldas pesaban muchas sentencias de muerte justificadas por la ley. Pablo fue un hombre de objetivos, lo fue en el judaísmo con una precisión increíble y lo fue en el seguimiento de Jesús con una audacia que descoloca. La libertad de Pablo supuso el salto mortal de la "ley por la ley de Dios, a la ley del amor de Dios". Esta libertad tiene su raíz en el perdón; se sintió perdonado y experimentó en primera persona la libertad de la ley, que es el amor y la misericordia. Se descubrió vivido por Dios: "es Cristo quien vive en mí", y cambió el horizonte de la legalidad que mata por la ley del amor que se entrega hasta dar la vida. Este aprendiz de libertad descubrió que la herida profunda de la misericordia de Dios le había crucificado con Cristo, encadenando su vida a los cristos de la historia, "¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abrase?"- nos dirá en la segunda carta a los corintios -; los cristos de la historia que en los recodos del camino buscan una mano tendida que les rescate de las consecuencias del verdugo de la ley: pobreza, desahucios, explotación, maltrato, abusos, soledad, silencios de muerte que sesgan vidas y corrompen historia etc. El corazón de Pablo se bañó tanto en la misericordia que muerto a la ley vivió para Dios en la fe del Hijo que le amó hasta entregarse por él. Sin Cristo Pablo habría acabado destruido por su misma "ceguera legal".

El doble salto mortal

Si el vértigo de un salto mortal es increíble, el doble salto mortal coloca al espectador en un profundo desasosiego, ¿podrá mantener el equilibrio? ¿Caerá?...y ¡qué seguridad tan fuerte se experimenta cuando se evidencia que el doble salto se realizó con éxito!

No hay libertad sin identidad. La fuerza de la fe nos configura con la raíz de nuestro ser: Cristo. La invitación de Cristo a permanecer en Él, es como un grito cósmico que desde el primer "hagamos" ha dado consistencia e identidad a la realidad creada. Para el ser humano, y más concretamente para el cristiano, la vinculación es "esencial" y configurante: "permaneced en mí y yo en vosotros" "porque sin mí no podéis hacer nada". Llamado a dar fruto abundante, el ser humano es invitado a buscar en las aceras de la vida el rostro del Crucificado; de lo contrario, sucumbiremos en la "nada de la vida" (quizá no es una idea muy ortodoxa), que es situarse en el montón de los sarmientos secos...y dejar que las horas sequen la raíz y nos coloquen en el vértigo paralizante del miedo a darnos. La identidad que nos transfiere ser sarmientos de Cristo, es una identidad que nos configura hasta la eternidad. Somos herederos/as del Reino y no podemos vivir de las ataduras de la ley que nos convertirían en "hackers de la historia", estructurados para mirar el mundo escondidos en seguridades egoístas. La libertad del cristiano es la fiesta del "banquete" donde se parte y se reparte el Pan de la Vida, que es Cristo y donde abrazados a su misión pregonamos que Él es la razón de nuestra existencia, porque sin Él no podemos hacer nada. Es el **doble salto mortal** que va más allá de lo creíble y que tiene como garantía: el amor, la otra mejilla, la oración por los que nos persiguen y calumnian, el amor a los enemigos y como única referencia la cruz. Si lo logramos con Él y por Él, en nuestras vidas siempre se escuchará el "aleluya del Resucitado". "Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante, así seréis discípulos míos".

El taburete o el trapecio

Existe un subsuelo humano sobre el que pasamos cada día en nombre de la ley y de la justicia, de la falsa y adormecida economía, que expande el tentáculo de la pobreza sobre una parte cada vez más creciente de la humanidad. Acostumbrados a escuchar el dolor, el gemido de la guerra y del hambre, el oído del corazón apenas lo percibe, el tímpano del alma se ha protegido y el corazón humano ya no llora. O saltamos desde el trapecio, como lo hicieron Pablo y santa Brígida, sin miedo a perder la vida y dejar en el camino la huella del amor, de la otra mejilla, del perdón y la misericordia, de la búsqueda del bien y de la bondad, de la justicia, la libertad y la dignidad para los pobres, o nos acomodamos en un mediocre taburete de seguridades y miedos, de indiferencia y migajas de egoísmo. Si no hemos descubierto que la belleza de Dios es la belleza del ser humano, comencemos desde ahora a dejarle paso a Él, para que los sarmientos de nuestra vida nunca, nunca, dejen de permanecer en el que es el AMOR por excelencia. La humanidad necesita la audacia del trapecio, los taburetes mediocres ya los encuentra en los escaparates de Ikea o en la mensajería de Amazon.



Sor Mª Ángeles Martínez, OP
Monasterio Inmaculada de Atacama, Copiapó – Chile

Santa Brígida

Brígida de Suecia había nacido en Finstad, cerca de Upsala, en el seno de una familia aristocrática y tuvo que casarse a los 14 años, por imposición de su padre con un militar fuerte y elegante, Ulf Gudmarsson, con quien vivió feliz y tuvo ocho hijos, a los que dio una esmerada educación, y entre ellos esta Santa Catalina de Suecia. Además de cuidar de todos ellos, todavía le quedaba tiempo para dedicarse a las obras de caridad con los necesitados en un hospital que había erigido con su marido cerca de su casa, fiel a su espíritu de terciaria franciscana.

En peregrinación a Compostela

Con motivo de sus bodas de plata matrimoniales (1341), Brígida y su esposo Ulf decidieron celebrar esta fecha con toda solemnidad y para ello nada mejor que hacer una peregrinación a Santiago de Compostela (España), peregrinación, por otra parte, no era nada novedosa, pues en la familia constituía una tradición ya adquirida. La iniciaron a principios de junio de 1341, y caminaron de santuario en santuario, visitando cuantos pudieron encontrar en el camino, especialmente los de Renania, los de Provenza y los de España hasta llegar finalmente a Galicia, al sepulcro del apóstol Santiago. [...] Esta peregrinación a Compostela para Santa Brígida tuvo una importancia excepcional, pues marcó un hito en su vida. Ya que, después de esta peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, Brígida decidió dar una respuesta incondicional a la llamada de Dios a la santidad, haciendo voto de castidad junto con su marido con la intención de fundar un convento donde pudieran retirarse y vivir entregados a la oración y a la contemplación. Pero su marido murió en 1344, y entonces, Brígida abandonó su casa, entregó a los pobres todos sus bienes y se fue a vivir cerca del monasterio cisterciense de Alvastra, donde ya se había retirado poco antes su marido y donde había muerto. Allí comenzó a tener revelaciones de Cristo y de la Virgen María, que ella iba escribiendo en sueco y que, luego, sus confesores y consejeros, traducían al latín, cuyo texto ella misma revisaba.

Fundación del Convento de Vadstena

En 1346, comenzó a ocuparse del más íntimo anhelo de sus aspiraciones espirituales: la construcción del convento de Vadstena (Suecia) para 25 hombres y 60 mujeres, un total de 85 personas, que representaban a los 12 apóstoles, a los 72 discípulos y al apóstol San Pablo. Vivirían en edificios separados, por supuesto, pero con una única iglesia para orar juntos, regidos por una misma abadesa, que reflejara la maternidad de la Virgen María y orientados por la regla de San Agustín.

Así y allí nacía la orden del Salvador, cuya espiritualidad mariana, que Brígida inculcó a sus hijas, componiendo ella misma himnos y lecturas para recitar en el oficio mariano cada día, tuvo una gran difusión en los siglos siguientes, sobre todo, en el Norte de Europa. Pero como no acababa de recibir el reconocimiento papal para su fundación, la Orden del Salvador, Brígida decidió ir a Roma (1349), aprovechando la convocatoria del jubileo de 1350, hecha por el papa Clemente VI desde Aviñón mediante la bula Unigenitus Dei Filius que se publicó en agosto de 1349. Sólo en 1370, después de muchas correcciones sobre la pobreza común en el monasterio, el papa Urbano V aprobó la Regula Salvatoris, que ella decía que había recibido por revelación, mientras que la aprobación del monasterio mixto sólo llegó, cinco años después de su muerte, en 1378, cuando su hija Catalina era la abadesa del monasterio. Pero estos contratiempos no mermaron en ningún momento su convicción de que estaba realizando la voluntad de Dios ni la esperanza de que su obra saldría adelante, a pesar de los fracasos y de los obstáculos encontrados en el camino.

Las revelaciones de Santa Brígida

Santa Brígida de Suecia se sintió inspirada por Cristo y por la Virgen, que le hablaban y ella, por escrito o de palabra, expresaba lo que le iban diciendo. Después, los confesores y secretarios recogían sus escritos y sus palabras y las traducían del sueco antiguo al latín. De ahí que no sea posible precisar, en este trasiego, hasta que punto las Revelaciones reproducen con exactitud las palabras inspiradas a la vidente. Es más, dada la índole polémica de muchas de ellas y el contenido puramente teológico de otras, se puede suponer que sus confesores modificaron el texto para limar expresiones demasiado fuertes o para corregir imprecisiones teológicas.

De todas formas, las Revelaciones fueron recogidas en ocho libros (más un noveno en el que se recogen otras revelaciones que no habían sido incorporadas a los primeros) y están divididas en cuatro ciclos: el sueco entre 1344-13/119; el romano entre 1350-1363; el de las peregrinaciones a diversos santuarios de Italia entre 1364-1370, y el de Tierra Santa entre 1372-1373. Entre otras cosas, Brígida, a través de sus Revelaciones, transmite las órdenes recibidas de Dios para remediar las diversas miserias de la vida cortesana y para reformar el estado religioso y el desorden de la Iglesia y deja en ellas una espiritualidad marcada por los acontecimientos políticos y religiosos de su época, que refleja el ardor de un alma que se sabe instrumento en la mano de Dios para realizar una renovación espiritual en la Iglesia de su tiempo.

Además, las Revelaciones reflejan la fuerte personalidad de una santa que, por su carácter dinámico y práctico, supo conjugar perfectamente contemplación y acción, ser Marta y María al mismo tiempo. Y de esta unión le nació la perseverancia y la severidad de su mensaje, que, como trompeta sonora, clamaba pidiendo la «reforma de la cabeza y de los miembros de la Iglesia». que, por otra parte, era el clamor que se había levantado por doquier. Su mística, tan mariana como cristocéntrica, le llevó a la profunda convicción de que sólo los sufrimientos, que Dios le había reservado o significado a través de las vicisitudes exteriores, eran el medio para llevarla a la unión con Dios. Esta comprensión del sufrimiento la presentó de todo sentimentalismo y le ayudó a adquirir un fuerte sentido realista, que determinó todo su dinamismo interior. Las visiones que recibió en éxtasis reflejan también la misma nota personal y realista que se traduce en imágenes naturalistas, a menudo drásticas y altamente dramáticas, En especial sus visiones de Cristo en la Cruz y de la Dolorosa se consideran como obras maestras de la literatura sueca antigua.